

Se sabe que al ser colocada la última piedra, el pueblo con gran regocijo celebró el acontecimiento, su alegría fue interrumpida de improviso a causa de la muerte violenta del Gran Maestro de la obra; éste fue asesinado por la PERfidIA de tres compañeros TRaidores que se llamaban JUBELAS, JUBELos y JUBELON ellos para ocultar su crimen lo sepultaron entre las montañas; al conocerse los hechos se ordenó la búsqueda de su cuerpo, una vez localizado se le condujo a la presencia del rey Salomón; quien enterado con profunda pena de la magnitud del asesinato, dictó las tres siguientes sentencias que deberían ser aplicadas implacablemente a los compañeros desleales. Para el primero que representaba a la IGNORANCIA, deberían cortarle el cuello; al segundo, representativo de la AMBICIÓN se le arrancaría de cuajo el corazón; al tercero como un émulo de la HIPOCRÉSÍA, sería dividido en dos mitades; por ello, el signo gutural del Aprendiz consiste en llevarse la mano derecha en forma de escuadra al cuello; el del Compañero Masón, en hacer el ademán de arrancarse el CORAZÓN con la mano derecha; el del Maestro Masón, se ejecuta en actitud de dividirse el cuerpo por medio del ademán que se inicia con el movimiento de la mano derecha extendida horizontalmente simulando el corte antes dicho; inmediatamente después de haberse dictado las anteriores sentencias se efectuaron los suntuosos funerales.

Participó en este acto el propio rey Salomón quien manifestó públicamente su dolor; después se sepultó el cadáver, con todos los honores en forma digna y majestuosa dentro de la sublime Cámara del Medio; en la tumba fue plantada en su memoria la inmortal rama de acacia. (27 temas del Maestro Masón. Adolfo Terrones Benitez Grado 32 y Alfonso León García González Grado 33, <http://masoneriaparatodos.blogspot.com>)

“Salomón queriendo hacer de su cuerpo un Templo digno para el Dios Intimo, o G. A. **Yo Soy**, pidió a Hiram, rey de Tiro un Maestro Arquitecto de Obra. Hiram, le recomienda y envía a Hiram Abiff (Maestro Constructor **Superconciencia, Sol Espiritual en el Hombre**). Era hijo de una viuda. Hiram Abiff, fue designado como Jefe Supremo de los obreros, para la construcción del Templo. Esos obreros tenían diferentes grados de capacidad y diferentes talentos individuales. Era, pues, necesario dividirlos según sus capacidades

(superiores, medianas e inferiores), para poder aprovechar mejor el trabajo de cada uno.

Hiram Abiff, como sabio, justo y benevolente, los repartió en tres categorías: aprendices, compañeros y maestros. Hiram dio a cada uno la manera de hacerse conocidos como tales, por medio de “señales, toques y palabras” apropiados.

Hiram construyó y levantó en el Templo dos grandes columnas huecas (dos piernas) de bronce. Determinó que los aprendices recibiesen su salario, esto es, su bienestar, en la primera columna, los compañeros, en la segunda y los maestros, en la “cámara del medio”.

LOS TRES MAESTROS. Salomón pidió la ayuda de Hiram, Rey de Tiro; este lo ayudó, enviándole a Hiram Abiff, el arquitecto. Los tres fueron maestros de obra y representan **la Sabiduría, la Fuerza y la Belleza.**

tres obreros de la clase de los compañeros, juzgándose merecedores y dignos de ser Maestros y queriendo serlo por la fuerza, tramaron una conspiración para apoderarse, por la violencia, de la Palabra Sagrada y de las maneras con que se reconocía a los maestros. Esta trinidad de vicios: ignorancia, miedo y ambición, siempre quiere obtener lo que el hombre no merece del mundo espiritual y material.

Estos tres malvados vicios, lograron convencer a otros nueve compañeros maestros, pero estos últimos desistieron en el último momento, porque fueron perturbados por el remordimiento.

Quedaron solos los tres cómplices y, urdiendo el crimen, resolvieron obtener por la fuerza la Palabra, tomándola del mismo Hiram (el hombre inferior que quiere obligar a su Íntimo a otorgarle todos los poderes divinos, por la violencia y sin merecimientos).

Los tres esperaban a Hiram Abiff, a quien, por su bondad, pretendían intimidar. Escogieron el mediodía como el momento más propicio, dado que a esa hora, Hiram Abiff acostumbraba visitar y revisar el trabajo y elevar sus preces, en tanto los demás descansaban. Los tres se dirigieron hacia las tres puertas del Templo, que en aquel momento estaban desiertas, porque todos habían salido para entregarse al descanso.

Cuando Hiram Abiff terminó sus preces, quiso atravesar la puerta del Sur; el compañero que se hallaba apostado ahí, lo amenazó con su regla de

veinticuatro pulgadas, pidiéndole la Palabra y la Señal del Maestro. No obstante, el Maestro le respondió: “Trabaja y serás recompensado”.

Viendo la inutilidad de su procedimiento, el compañero ignorante le golpeó fuertemente con la regla (que representa el día de veinticuatro horas, que nunca fueron aprovechadas, porque la ignorancia siempre tienta obstaculizar la obra divina interna). Y, habiendo levantado el Maestro el brazo derecho para detener el golpe dirigido hacia su garganta, este impactó sobre el hombro derecho y le paralizó el brazo (positivo).

Entonces, el Maestro se dirigió hacia la puerta de Occidente y allí, el segundo compañero le exigió, como el primero, la Palabra y la señal del Maestro y recibió la misma respuesta: “Trabaja y obtendrás”.

Entonces, con la escuadra de hierro, el compañero le descargó un fuerte golpe en el pecho, que le dejó medio aturdido.

Hiram se encaminó entonces hacia la puerta de Oriente, donde le esperaba el tercero y el más malintencionado de los tres, que es el egoísmo, quien, al recibir la misma respuesta del Maestro, le asestó un golpe mortal en la frente, con el mazo que llevaba consigo.

Cuando se encontraron nuevamente los tres, comprobaron que ninguno poseía ni la señal ni la Palabra. Se horrorizaron por el inútil crimen y no tuvieron otro pensamiento que el de ocultarlo y hacer desaparecer los vestigios. Y así, por la noche llevaron el cadáver de

la víctima en dirección a Occidente y lo escondieron en la cumbre de una colina cercana al lugar de la construcción.

LA BÚSQUEDA. Cuando Hiram Abiff no acudió al lugar de trabajo, todos quedaron perplejos, presagiando una desgracia.

Terminó el día y el arquitecto no apareció. Entonces, los nueve compañeros que se habían opuesto a la empresa de los tres malvados, decidieron revelar a los Maestros lo ocurrido. Fueron conducidos a la presencia de Salomón, quien, después de haber escuchado el relato de los tres maestros y de los nueve compañeros, ordenó a los tres primeros que formasen tres grupos y que, cada uno de ellos se juntase a uno de los grupos de compañeros, procediesen a escudriñar los territorios y regiones de Oriente, Occidente y Sur, en busca del Gran Maestro y Arquitecto, de los tres compañeros, así como de la **Palabra**

Perdida, la misma que ni el mismo Salomón conocía y que se había perdido con la desaparición de Hiram Abiff.

Lo buscaron inútilmente durante tres días, pero en la mañana del cuarto día, uno de los maestros que, junto con sus compañeros del grupo, se había dirigido hacia el Occidente, hallándose sobre las montañas del Líbano, buscando un lugar donde pasar la noche, oyó

voces humanas en una caverna. Eran los tres compañeros asesinos.

Los tres delincuentes escaparon por la otra salida que tenía la caverna y nadie después pudo encontrar sus rastros.

Regresando a Jerusalén, en la noche del sexto día, uno de los tres viajeros se dejó caer, extenuado, sobre un montículo próximo a la ciudad. Entonces observó que la tierra estaba recientemente removida y de ella emanaba el olor putrefacto de los cadáveres.

Comenzando a excavar, llegaron a palpar el cuerpo, pero, como era de noche, no se atrevieron a continuar sus investigaciones; por ese motivo recubrieron el cadáver y colocaron sobre el montículo un **ramo de acacia**, especie de árbol común, cuyas flores y hojas son sempiternas o siemprevivas. Al día siguiente relataron su descubrimiento a Salomón. Enseguida encargó a los nueve maestros que fueran a reconocer si se trataba de Hiram Abiff y que buscaran sobre él las señales de reconocimiento, las cuales quedaron fijadas por las palabras que fueron pronunciadas en el momento en que fue levantado el cuerpo de la sepultura.

Así lo hicieron y, al ver la frente ensangrentada, cubierta por un delantal y sobre el pecho la insignia del Grado, hicieron la **Señal de Horror**, que quedó como señal de reconocimiento entre los masones. (Jorge Adoum – El Maestro Masón y Sus Misterios. www.upasika.com)

Así el obrero tirio Hiram -nombre que significa vida elevada, -hijo de una "viuda" de la tribu de Neftalí (en la cual se ha reconocido la Naturaleza, Madre Universal de todos los seres) , experto en todo género de obras y llamado por deferencia Abí (que quiere decir, "padre mío"), es enviado y recomendado por Hiram, rey de Tiro, a Salomón, y ése designado por éste arquitecto y jefe supremo de los obreros, reunidos para la construcción del Templo.

Los obreros venidos de todas partes del mundo (en el espíritu de paz, dedicación y reverencia que se halla simbolizado en el nombre místico de Jerusalén), tenían diferentes grados de capacidad y diferentes talentos individuales.

Era, pues, necesario dividirlos según sus particulares capacidades, para poder aprovechar la mejor obra de cada uno. Por consiguiente, Hiram, hombre justo y equitativo, constante modelo de rectitud y benevolencia para los demás y entendido en toda clase de obras, los repartió en las tres categorías de aprendices, compañeros y maestros, y les dio a cada uno la manera de hacerse constantemente conocer como tales por medio de "signos, toques y palabras" apropiados.

Habiendo fabricado personalmente para este fin, y levantado ante el Templo dos grandes columnas huecas de bronce (las que se hallan descritas en el primer Libro de los Reyes, cap. VII, vv. 13-22, hizo Hiram que los aprendices recibieran su "salario" cerca de la primera, los compañeros cerca de la segunda y los maestros en la "cámara del medio", es decir, en un lugar secreto que se hallaba por dentro y por encima de los dos; lo que quiere decir un estado de conciencia superior a los que se hallan representados por las dos "columnas" o fundamentos.

Cada una de las tres categorías se hacía reconocer, como se ha dicho, para poder percibir el salario que le correspondía, o sea la instrucción y los conocimientos que le competían, según su grado particular de comprensión y capacidad en aprovecharlos útilmente en la Obra a la que estaba destinado.

Tan sabiamente dirigida y ejecutada, con orden y exactitud, según las instrucciones que cada cual personalmente recibía, la obra avanzaba rápidamente, y la gran mayoría de los obreros -en número de 70.000 Aprendices, 8.000 Compañeros, 3.600 Maestros y tres Grandes Maestros- se hallaban contentos y satisfechos.

La construcción se empezó en el segundo mes del año cuarto del reinado de Salomón, mientras estuvo este Rey en correspondencia epistolar con Hiram, Rey de Tiro, que lo animó y auxilió en la Obra, enviándole "obreros expertos y materiales apropiados".

Con eso se quiere decir que se aprovecharon en dicha Construcción Unitaria tendencias y materiales de diferente procedencia, realizándose la Obra en la

más estrecha y armónica cooperación. Por esta misma razón simbólica, Salomón, Hiram Rey de Tiro e Hiram Abí, "el hijo de la viuda", fueron los tres Grandes Maestros que presidieron a dicha construcción, simbolizando la Sabiduría, la Fuerza y la Belleza que sostienen toda Logia y presiden toda obra útil, hermosa y duradera.

Finalmente, el lugar especial elegido para la construcción fue el Monte Moria, cuya etimología se relaciona con mara "visión, revelación", y tiene un evidente parentesco con Meru, el Monte Sagrado de los Indos, y con Miriam o María; es decir, en el mismo lugar en el cual Abraham ofreció a su hijo Isaac (Gen. XXII-2). Esto nos da otras preciosas indicaciones sobre el carácter eminentemente iniciático de la Obra, que únicamente puede levantarse por medio de un ideal o visión elevada, pidiéndose como precio la máxima abnegación y sacrificio personal.

Tres obreros, de la clase de los Compañeros, juzgándose por sí mismos dignos de la maestría, aunque no fueran reconocidos por tales, y queriendo serlo a toda costa (a pesar de que no se los juzgara todavía maduros), tramaron un complot para apoderarse por la violencia de la Palabra Sagrada y de los modos de reconocerse de los maestros.

Los tres malvados compañeros - cuyos nombres se identifican en la misma raíz yubel, que significa "río" o "señal", o sea con la corriente de la vida y de los intereses materiales, que amenazan todas las conquistas y los esfuerzos espirituales –se esforzaron, con tal intento, en obtener la complicidad de otros compañeros, pero únicamente lograron convencer a otros nueve, los que también, en el último momento, sacudidos por el remordimiento, prefirieron retirarse.

Quedaron, pues, solos los tres cómplices, y como los demás Maestros raramente se encontraban aislados, resolvieron obtener la Palabra por la fuerza del mismo Hiram, a quien, por su bondad, esperaban más fácilmente intimidar.

Plan del crimen simbólico Eligieron el mediodía- el momento en que el Sol, habiendo alcanzado el cenit, empieza a declinar hacia el occidente -como la hora más propicia, dado que a esa hora el Maestro acostumbraba quedarse en el Templo para revisar los trabajos y elevar su plegaria, mientras los demás descansaban (el Mediodía es también el lugar en donde se sienta el Segundo Vigilante, representado por Hiram, con relación a Salomón e Hiram Rey de Tiro

que, respectivamente, gobiernan el Oriente y el Occidente), y se apostaron en las tres puertas del Templo, que en aquel entonces quedaban desiertas por haber salido ya todos los demás obreros.

Cuando Hiram, habiendo terminado su plegaria, apareció por la puerta del Sur, el Compañero que se hallaba allí apostado lo amenazó con su regla de veinticuatro pulgadas, pidiéndole la Palabra y el signo de Maestro. Sin embargo, el Maestro le contestó como debía: "¡Trabaja y serás recompensado!"

Viendo el Compañero la inutilidad de sus esfuerzos, le golpeó violentamente con su regla. Y habiendo el Maestro levantado el brazo derecho, con objeto de parar el golpe, éste, destinado a la garganta, le cayó sobre la espalda del mismo lado y le paralizó dicho brazo.

Se fue entonces Hiram por la puerta de Occidente, donde lo esperaba el segundo Compañero, que igualmente le pidió la Palabra junto con el toque de Maestro, recibiendo por contestación: "¡Trabaja y la obtendrás!"

Viendo también este Compañero la inutilidad de insistir, le asestó un fuerte golpe en el pecho con la escuadra de hierro de que se había armado. Medio aturdido por el golpe, hizo uso Hiram de las pocas fuerzas que le quedaban para salir por la puerta de Oriente.

Pero aquí le esperaba el tercero y peor intencionado de los tres compañeros, el cual, recibiendo igual negativa a su petición de la Palabra, le dio un golpe que resultó mortal sobre la frente, con el mallete que había llevado consigo.

Así cayó Hiram bajo los golpes de los tres asesinos, que después se juntaron para pedirse recíprocamente los signos y las palabras; y al comprobar que ninguno de los tres los poseía, quedaron horrorizados por el crimen inútil, y no tuvieron otro pensamiento que ocultarlo y hacer desaparecer sus huellas.

Lo escondieron al efecto, provisionalmente, detrás de un montón de escombros, y llegada la noche, llevaron consigo el cadáver, tomando la dirección del Occidente y lo escondieron en la cumbre de una colina cercana al lugar de la construcción.

LA BUSQUEDA

Como Hiram era siempre el primero en aparecer en el lugar de los trabajos, dando a los demás el ejemplo más admirable de puntualidad, exactitud y

precisión, al no vérselo en la mañana siguiente, los trabajos quedaron en suspenso, presagiándose una desgracia.

Estos funestos presentimientos tomaron cuerpo cuando los nueve compañeros arrepentidos, que se habían opuesto a la empresa de los tres malvados, hubieron comprobado la ausencia de éstos. Entonces, habiendo pasado el día sin que aparecieran, se creyeron en el deber de revelar a sus respectivos Maestros el complot y las justas sospechas que albergaban acerca de ellos.

Condujeron a éstos delante de Salomón, quien, después de haber escuchado el relato de los tres Maestros y de los nueve compañeros, encargó a los primeros que formaran tres grupos, cada uno de ellos uniéndose con otros dos, para recorrer los países y regiones del Oriente, del Occidente y del Mediodía, en busca de su Gran Maestro y Arquitecto Hiram Abí y de los tres Compañeros, así como la Palabra que se había perdido por la desaparición del primero. Esto indica como la verdadera palabra debe, en cierta manera, identificarse con el mismo Hiram, y con el estado de conciencia o realidad interior que simboliza.

Llamó entonces el Maestro en cuestión a los otros dos que iban con él, y éstos los vieron hacer los signos simbólicos del castigo que querían infligirse por el crimen cometido, signos que se adoptaron después, según nos cuenta la misma leyenda, como medios de reconocimiento para los tres grados.

Pero cuando los Maestros se precipitaron hacia el fondo de la caverna para aprehenderlos, los tres Compañeros, aterrorizados por el ruido, escaparon por otra salida que tenía la caverna, y por más esfuerzos que hicieron después, no lograron encontrar sus trazas.

Habiéndose fijado previamente el séptimo día para la reunión, resolvieron ponerse nuevamente en camino de vuelta para Jerusalén, y en la noche del sexto día, llegados ya cerca de la ciudad, uno de los tres viajeros se dejó caer, extenuado, sobre un montículo que había cerca de la urbe.

Y observó que había una porción de tierra recién removida, que emanaba el olor característico de los muertos.

Se pusieron entonces los tres a excavar y, llegando a palpar un cuerpo, como era de noche no se atrevieron a continuar sus pesquisas, sino que recubrieron el cadáver y cortaron y pusieron sobre el montículo, para reconocerlo, una rama de acacia, especie de árbol muy común en esa región.

Relataron, pues, al día siguiente, en presencia de Salomón, su doble descubrimiento, y éste, no pudiendo dominar la emoción que le causaba, hizo el signo y pronunció las palabras que se usaron después como signo de socorro.

Y encargó a los nueve Maestros que fueran inmediatamente a aquel lugar con el objeto de reconocer si se trataba efectivamente del Gran Maestro Hiram, y en caso afirmativo buscaran sobre él los signos por medio de los cuales podía reconocerse la palabra, y se fijaran en las palabras que hubieran pronunciado al levantarlo.

Así lo hicieron, y una vez puesto al descubierto el cadáver, que tenía la frente ensangrentada, cubierta por el mandil, y sobre el pecho la insignia de su grado, hicieron al reconocerlo el signo de horror, que después ha quedado como uno de los medios de reconocimiento entre los Maestros Masones.

Midieron entonces la fosa y comprobaron que tenía tres pies de ancho, cinco de profundidad y siete de longitud, siendo ésta de Oriente a Occidente y la primera del Norte al Sur.

Estas dimensiones, así como las demás particularidades del crimen y de su descubrimiento, nos revelan un drama enteramente simbólico, que se ha insertado en el cuadro histórico considerado más oportuno en la época en que se hizo tal adaptación de una leyenda más antigua, y tal vez diferente. (Manual Del Maestro Aldo Lavagnini (Magister))

Nada justifica, pues, bíblicamente, la leyenda de nuestro tercer grado, puesto que Hiram no fue nunca llamado a dirigir la construcción del Templo y a mandar el inmenso ejército de obreros, repartidos en Aprendices, Compañeros y Maestros. Es en el siglo XVIII y por las necesidades de un simbolismo iniciático, de un alcance muy alto, cuando el personaje bíblico fue promovido arquitecto y rival, en sabiduría práctica, del rey Salomón, cuya sagacidad brilla sobre todo cuando se trata de resolver los enigmas propuestos por la reina de Saba (Oswald Wirth. EL LIBRO DEL MAESTRO. Manual de Instrucción Iniciática para el uso de los Francmasones del Tercer Grado)